

CLUB DEL MISTERIO

JAMES ALISTAIR



**LORO  
A MIS MUERTOS**

**46**

Todo empezó esa noche, cuando dos asesinos llevaron la tragedia al hogar de Peter Cormoran. O quizá empezó antes, cuando un forastero le pidió a Peter que le guardase el auto en el garaje de la cantina. Y a partir de ese instante nadie pudo controlar la catástrofe. Seres depravados, cuyo existencia Peter no sospechaba, arrasaron con los últimos restos de su felicidad. Entonces Peter Cormoran se fijó una meta. La venganza. No bastaba con llorar a los muertos; había que enviar a la tumba a los culpables de la masacre. Pero comprobó que los asesinos no eran los únicos que lo tenían marcado en la lista de sus víctimas. La policía también ambicionaba su pellejo. Quizá Peter se habría dado por vencido. De todos modos todo lo que él amaba había naufragado. Fue entonces cuando apareció otra mujer...

A Robert Terral

## Orden de aparición *de los personajes*

Peter Cormoran: *tocó la felicidad con los dedos, y la encontró fría como un cadáver.*

Dinah Cormoran: *su pelo era rojo... como la sangre.*

Phil Barlow: *conocía la mecánica de los motores y de las almas.*

Harold Finch: *su auto dejaba un rastro macabro.*

Mike y Kid: *dos muchachos ambiciosos y con buena puntería.*

Otto Grotz: *un teniente desconfiado.*

Dave Randall: *un sargento que confiaba aún menos.*

Nick Corey: *buscaba aventuras y encontró su ración.*

Monty Douglas: *sus intenciones no eran santas.*

Kathie Merton: *su llegada fue tardía pero oportuna.*

## Capítulo primero

Ese era un día de tragedia. Todos tendríamos que haber nos dado cuenta de ello. Pero en cambio nos concentrábamos en nuestras tareas, cerrando los ojos ante la realidad. La tragedia flotaba en la atmósfera de calor agobiante. El reflejo del sol sobre la cinta de asfalto hacía rielar la atmósfera, nos enceguecía. A ratos pasaba un coche, velozmente, como si no quisiera perder un segundo en ese lugar maldito, en esa olla del infierno.

Pero nadie hacía caso de la amenaza que flotaba en el ambiente. Sólo yo la intuía. Era algo indefinible, parecido a lo que siente el soldado en una trinchera, cuando agacha la cabeza instintivamente, sin saber por qué, y pocos segundos después el aire es atravesado por un obús asesino. El soldado no ha oído el disparo, ni el silbido del proyectil, pero ya sabe que la muerte avanza inexorablemente, y dentro de su miseria de gusano trata de esquivarla en la mejor forma posible. Y a veces tiene éxito.

Yo no traté de esquivar lo que se avecinaba. Quienes me rodeaban también permanecieron indiferentes. Hasta que se produjo el estallido.

Pero no nos adelantemos. A pesar de que ya trascurrió un año desde entonces, todavía estoy bajo los efectos del cataclismo, y cuando escribo una línea todos los acontecimientos se precipitan en mi memoria. Sin embargo, sé que debo ir por partes. Levantando un velo detrás de otro en esta danza macabra de crimen y traición.

Mi nombre es Peter Cormoran. Y faltó poco para que ni el nombre me quedase.

Todo comenzó en esa mañana de agosto de 1956.

Yo estaba detrás del mostrador de la cantina. Había pocos clientes. Dos o tres camioneros ocupaban sus taburetes en un extremo del local. En una de las mesas, una pareja cuchicheaba en voz baja. Mientras preparaba los panqueques para los camioneros sobre la plancha eléctrica, miré al hombre y a la mujer por el espejo de detrás del mostrador. Él usaba un anillo de bodas. Ella no. Habían llegado hacía veinte minutos en un coche que estaba estacionado frente a la cantina. El tipo debía tener cuarenta años, y la muchacha no tenía más de diecinueve. Y sin embargo el que se enredaba poco a poco en la tela de araña era él. Con toda su experiencia, era un muñeco que ella hada bailar a voluntad. No oía lo que decían, pero estaba seguro de no equivocarme. Había visto al hombre en un par de oportunidades, durante mis visitas a Baxterville. Incluso creía recordar a su esposa, una mujer que tenía aproximadamente su misma edad, entrada en carnes, que se esforzaba penosamente por ocultar el color gris de sus cabellos con tinturas de mala calidad. Indudablemente no podía competir con esa zorrita pelirroja.

Oh, al diablo con ellos. El calor me estaba haciendo desvariar. ¿Qué me importaba a mí de la vida de los extraños?

Recogí los panqueques a tiempo para que no se quemasen, los unté con jalea, y los distribuí entre los camioneros.

Los tipos comentaron conmigo que ése era un día ideal para zambullirse en una pileta de agua helada. Claro que sí. Y ahogarse en ella.

Yo estaba tenso, nervioso. Esto me llamó la atención, porque no tenía motivos para quejarme. El mío era un negocio floreciente. Hacía un par de años que lo había com-

prado. De vez en cuando me gustaba recordar mi ingreso en el mundo de los negocios.

Cuando murió tía Serena, yo no esperaba que me dejase un centavo. Siempre la había visto encerrada con sus gatos en la vieja casona de San Francisco, viviendo en un estado próximo a la miseria. Además, nunca me había demostrado ninguna simpatía. Si concurrí a su velorio fue por dos motivos. Yo era su único pariente. Y además eso me daba una oportunidad para conseguir licencia en la cantina donde yo atendía el mostrador. Después del entierro, fui al cine para no desperdiciar el día libre. Una semana más tarde me llegó la carta del abogado. Quería verme por cuestiones referentes a los bienes de tía Serena. Íntimamente la mandé al infierno. Quizás me había dejado deudas.

Me quedé boquiabierto cuando el abogado abrió el testamento. Yo pasaba a ser dueño de cinco mil dólares que tía Serena había ahorrado tozudamente. Mi primera reacción consistió en emborracharme y gastar mi último salario con una muñeca que estaba tratando de conquistar desde hacía un mes. Esa noche me acompañó hasta mi habitación. Una celebración formidable.

Después traté de pensar con sensatez. Siempre me había considerado un fracasado, sin esperanzas de levantar cabeza. Al volver de Corea, con un par de medallas que vendí por tres dólares, empecé a trabajar detrás de un mostrador. Cuando heredé los cinco mil dólares, todavía estaba detrás del mostrador. Siempre en una cantina. Medité largamente y decidí que ése no era un mal destino... si uno se convertía en dueño del negocio.

Empecé a buscar un local adecuado. Entonces descubrí que mi capital no me convertía en un Rockefeller. Pensé en aumentarlo apostando a los caballos, pero me con-  
tuve a tiempo.

En San Francisco no podía hacer nada con cinco mil dólares. Soy un tipo de decisiones rápidas. Una semana

después de cobrar la herencia, ya estaba viajando en un ómnibus para averiguar si en algún pueblo miserable del interior tenía más suerte. No me importaba enterrarme en un villorrio con tal de poder considerarme propietario.

Viajaba en el ómnibus que une Los Angeles con Baxterville cuando cinco millas antes de llegar a esta ciudad vi por la ventanilla un edificio clausurado y con el cartel «Se Vende». Me apeé en seguida y estudié el lugar. El cartel incluía una dirección de Baxterville, donde se podía tratar con la empresa vendedora.

Llegué a la ciudad en el ómnibus siguiente, y fui directamente a la oficina de bienes raíces. Necesité tres días de regateos para llegar a un precio aceptable, con un adelanto y cuotas a largo plazo. Hice cálculos sobre el rendimiento que podía tener el negocio, y llegué a la conclusión de que las ganancias serían satisfactorias.

Durante el año siguiente trabajé como no lo había hecho mientras no era propietario. Pero los resultados superaron mis mejores esperanzas. La ruta tenía mucho tránsito, y en mi negocio la atención no dejaba nada que desear. Tomé un ayudante: Phil Barlow. Y después llegó Dinah.

Dinah era mi esposa. Cuando se desencadenó la tragedia hacía cinco meses que estaba casado con ella. Cinco meses que para mí fueron de locura. Porque Dinah era algo extraordinario.

Precisamente cuando terminé de atender a los camioneros, Dinah bajó por la escalera que llevaba a nuestras habitaciones del piso superior. Tenía puesto el delantal que usaba para atender el mostrador, pero este detalle no hacía que su figura perdiese un gramo de su seducción. La blusa que usaba debajo del delantal tenía desabrochados los dos botones del cuello, y su tela estaba tensa por la presión del busto firme y juvenil, que en más de una ocasión distraía a los clientes de sus comidas. Por arriba se asomaba la garganta fina y suave, inmensamente blanca a



pesar de que vivimos en contacto íntimo con la naturaleza y el sol. Su rostro era delicioso. Tan delicioso que atraía las miradas a pesar de la competencia desleal que le hacía el resto del cuerpo. Los cabellos rojos, llameantes, cortos y alborotados, enmarcaban una carita en la que los ojos verdes y ligeramente almendrados ponían una nota felina. Debajo de la nariz recta, los labios escarlatas trazaban un generoso arco doble, húmedo y sensual, casi permanentemente entreabierto para mostrar los dientes muy blancos y sanos. Más abajo el hoyuelo del mentón, y otra vez volvemos a la garganta que en un tobogán de terciopelo conducía a la sombra enigmática del valle de sus senos.

El delantal estaba anudado a su cintura, marcando a la perfección su talle ahusado que por abajo se combaba en las caderas ceñidas por la falda negra, con las costuras puestas a prueba. Y después los muslos duros, y las piernas esbeltas, desnudas y calzadas en sandalias blancas de tacos altos. Dinah era la mujer ideal para un tipo que debe vivir en un lugar aislado de la carretera, y que dispone de muy poco tiempo para ir a divertirse a la ciudad. Con ella a mi lado, yo no extrañaba ni los cines ni los clubes nocturnos.

Al aparecer en la cantina, Dinah me dedicó la misma sonrisa con la que me había conquistado seis meses atrás.

—Hola, Peter —murmuró—. ¿Necesitas que te ayude?

—¿Puedes atender el mostrador, querida? —pregunté— Quiero hablar dos palabras con Phil.

—Vete tranquilo —asintió Dinah—. La caja queda en buenas manos.

Le hice un guiño antes de salir del local, y ella me lo devolvió con un mohín de picardía que me revolvió los glóbulos rojos. Ustedes se preguntarán si yo no tenía celos al pensar que Dinah se quedaba sola en el negocio. Caray, lo que ocurre es que yo no me consideraba una mala pareja para ella. Estaba seguro de que le resultaría difícil encontrar otro mejor que yo en medio de ese am-

biente de camioneros y viajeros de comercio. Porque no se puede decir que sea un tipo desagradable. Físicamente, mi metro ochenta y cinco de estatura, mis espaldas anchas y mis brazos de boxeador, me permitían competir con los gorilas que desfilaban por la cantina. Además mi cara tiene cierto atractivo, aunque no se la pueda considerar hermosa. Sus rasgos son recios, angulosos, y los pómulos salientes y la mandíbula cuadrada forman junto con los ojos grises, acerados, un conjunto que hace pensar en una pila de energía ilimitada. Y todo rematado por el pelo negro, cortado casi al rape. Además, con mis treinta y dos años nadie podía considerarme viejo para los veinticinco de Dinah. Quedamos pues en que yo era el hombre ideal para mi esposa.

Al salir de la cantina, recibí de lleno en la cara una bocanada de aire hirviente. A medida que avanzaba el día, la atmósfera se hacía más agobiante. Y en el cielo de un azul esmaltado no había ninguna nube que hiciese pensar en una posible lluvia de alivio. Me pasé el dorso de la mano por la frente traspirada, y fui a recoger el diario que se asomaba por la abertura del buzón.

Desplegué el *Baxterville Times* y descubrí que no había ninguna noticia que pudiese sorprenderme. Guerra fría. Una hambruna en la India. Un avión con sesenta pasajeros se había precipitado a tierra en Wichita. Muy alentador. Como el día.

Al pie de la primera página había un recuadro que atrajo mi atención. El titular saltó hacia mis ojos. Evidentemente la noticia había sido incluida a último momento, y las grandes letras negras y el recuadro querían destacarla.

#### ASALTAN A PAGADORES DE UNA FÁBRICA

*En la tarde de ayer, tres desconocidos asaltaron a los pagadores de la «Ironbeam Works», en Los Angeles. Dos de los delincuentes fueron*

*muertos a balazos por la policía. El tercero huyó con trescientos mil dólares en un Chevrolet negro modelo 1952 cuya patente no se pudo identificar. Dos de los pagadores recibieron heridas de consideración...*

Seguí recorriendo la crónica con los ojos, y lo que leí me hizo pensar que la policía de Los Angeles estaba desorientada. El tipo que había huido con los trescientos mil dólares no tendría muchos problemas para su futuro. Durante el golpe había usado una máscara, lo mismo que sus compañeros, de modo que los pocos testigos no podían dar muchas informaciones respecto a él. Los hechos se habían desarrollado con gran rapidez, y los datos eran contradictorios.

Un buen golpe... para ese granuja.

Doblé el diario y lo metí en el bolsillo de mi saco *sport*. Después me encaminé hacia la estación de servicio en busca de Phil Barlow.

Debo aclarar que la estación de servicio es un agregado que yo le hice al negocio originario. Junto al edificio de la cantina había un galpón desocupado, y durante bastante tiempo me pregunté a qué uso lo podía destinar. Cuando Dinah entró en la sociedad, me abrió los ojos. Ella podría reemplazar a Phil en la cantina, y a mi vez yo podía instalar un par de surtidores y un servicio mecánico de urgencia en el galpón. Phil se encargaría de atenderlos.

Consulté con Phil. Este tenía veintiún años, y era un tipo emprendedor. La idea le pareció excelente. Tenía algunos conocimientos de mecánica, y además en el taller no se harían trabajos complicados. Para atender los surtidores, engrasar coches y limpiar parabrisas no se necesitaba una gran sabiduría.

Invertí las ganancias que me había dado la cantina en la instalación de la estación de servicio, y le aumenté el sueldo a Phil en veinte dólares semanales. Todos queda-

mos satisfechos con el arreglo, y las ganancias empezaron a aumentar lenta pero firmemente.

Detrás del taller había hecho construir un cobertizo donde guardaba mi Studebaker. Había espacio para otros tres autos, y con el tiempo pensaba ampliarlo. Después vendría la nueva etapa, que estaba madurando en mi cerebro, aunque todavía no me atrevía a enunciarla. El «motel».

Yo ya imaginaba el letrero luminoso. Primero había sido «Cormoran Saloon - Bebidas frescas y comidas». Después «Cormoran Saloon y Estación de Servicio». Mañana sería «Cormoran Saloon y Estación de Servicio - Motel para viajeros».

La estadística de mi progreso en forma de carteles.

Seguí caminando hacia el taller, y vi que Phil estaba apoyado contra la portezuela de un coche. Un Dodge negro, modelo 55. Mi empleado parecía envuelto en una larga discusión, porque en ese lapso ya podría haber recibido todas las instrucciones necesarias acerca de lo que el cliente quería que hiciésemos con su coche.

Al oír los pasos sobre la explanada de cemento del taller, Phil se volvió hacia mí. Había una expresión preocupada en su rostro juvenil y afilado.

—Me alegro de que haya venido, patrón —exclamó el muchacho, apartándose del coche—. Acá se presentó un problema, y quiero consultar con usted.

Phil era el alma de la estación de servicio. Era alto y flaco, inmensamente alto y flaco, y su cabeza estaba coronada por una revuelta cabellera rubia. Sus ojos azules tenían constantemente una expresión alerta, avispada. Las clientas del sexo débil se sentían particularmente atraídas por él. Incluso sospechaba que Phil era uno de los factores que aumentaban la actividad de la estación de servicio. La única que no le tenía simpatía era Dinah. Había una especie de rivalidad entre los dos. Casi me atrevo a decir que estaba celosa porque Phil era más antiguo en el negocio

que ella. En un par de oportunidades llegó a pedirme que lo despidiera. Naturalmente, tomé esto como otro capricho femenino, y me negué. Por fin Dinah pareció resignarse, pero yo percibía las corrientes subterráneas de antipatía.

—¿De qué se trata, Phil? —pregunté.

—El señor quiere que guardemos su coche en nuestro garaje —contestó el muchacho—. Le expliqué que eso es imposible, porque no tenemos autorización ni seguros, y porque además no nos interesa ese negocio, pero él insiste. ¿Qué opina usted?

En realidad se trataba de un pedido extraño. ¿A quién se le podía ocurrir la idea de dejar su auto a cinco millas de la ciudad más próxima? No había casas en los alrededores, de modo que ese pájaro no podía vivir tan cerca como para que le resultase cómodo dejar su auto en nuestro garaje. Decidí que el mundo está lleno de chiflados.

—Mi empleado tiene razón —manifesté, dirigiéndome hacia la ventanilla en la que se recortaba en forma vaga la cabeza de un hombre. La claridad de la mañana me encandilaba y me impedía ver bien lo que había en el interior del auto—. No podemos responsabilizarnos por su coche.

Fue entonces cuando se abrió la portezuela y el tipo se apeó.

Era de estatura mediana, pero corpulento. Me sentí seguro de que en ese físico se acumulaba un extraordinario vigor. A pesar de la elevada temperatura, usaba un traje oscuro cruzado, muy elegante, una camisa blanca y una corbata a rayas transversales. Como si fuese a una fiesta. ¡Y quería dejar su coche en la mitad del camino!

—Para mí esto tiene mucha importancia —dijo el desconocido—. Le pagaré bien.

—No se trata de eso... —empecé a contestar.

—Cien dólares —me interrumpió—. Por dos días.

Miré a Phil, y éste se encogió de hombros. Me rasqué pensativamente el mentón. Indudablemente ese tipo estaba loco.

–Le previne que no tenemos seguros... –murmuré, sin mucha decisión.

El desconocido volvió a interrumpirme.

–No lo responsabilizaré por nada –exclamó–. Estoy seguro de que encontraré el coche tal como lo dejé. No serán más que dos días.

Entonces se me ocurrió otra idea. ¿Y si el auto era robado, y el tipo quería librarse de él porque su situación se estaba tornando peligrosa? Pero el hombre ni siquiera me dejó expresar este pensamiento. Se adelantó a él.

–Si tiene alguna duda –manifestó–, le dejaré mi registro de conductor.

Hurgó en el bolsillo interior de su saco, y me tendió el documento. Yo lo tomé y lo abrí. No había ninguna duda de que esa foto era la suya. Miré el número de patente del auto, y vi que coincidía con el que estaba escrito en el registro. Claro que se pueden falsificar los registros. Pero yo ya tenía una prueba de que había procedido de buena fe. Según el papel, el tipo se llamaba Harold Finch. Me grabé el nombre en la memoria y le devolví el registro.

–Está bien –asentí–. Haremos una excepción. El garaje está detrás del taller. Usted mismo puede conducir el coche hasta allí, señor Finch.

–Gracias –dijo el tipo, y sacó de su bolsillo el billete de cien dólares, que ya tenía preparado.

Lo tomé y lo guardé en mi bolsillo.

–¿Las llaves? –pregunté.

–Me las llevaré yo –respondió Finch, mientras subía nuevamente al auto y lo ponía en marcha.

Sentí deseos de anular el compromiso. Después de todo se atrevía a desconfiar. Pero contuve mi irritación, y me acerqué a Phil, que había presenciado la conversación en silencio.

–¿Qué opinas? –le pregunté.

–Según parece hizo un buen negocio –comentó Phil, con tono indiferente.

Un buen negocio. Mejor lo habría hecho si me hubiese metido debajo de una aplanadora de caminos.